

tanto católicas como de otras confesiones cristianas—, unas interesantes noticias sobre el debate suscitado en aquel momento en torno al estilo arquitectónico que debía utilizarse para los nuevos edificios de culto; debate en el que fue determinante el papel rector asumido por el arquitecto francés Pierre Benoit, quien mostró sus preferencias por el neogótico, al que consideraba el único estilo realmente católico en sus orígenes y desarrollo. Tampoco faltan unas reflexiones sobre la marcada monumentalidad de la arquitectura católica finisecular, reflejo visual del papel rector de la sociedad que se pretendía otorgar a la Iglesia.

No falta finalmente, tampoco, la apertura hacia el estudio de otras confesiones cristianas, que también tuvieron que enfrentarse a la misma cuestión de la adecuación de sus estructuras y su pastoral al fenómeno de la inmigración. Esta visión ecuménica, que también esbozan Alberto de Paula y Vicente Rodríguez Villamil en su trabajo ya citado, se halla representada por el artículo de David R. Powell sobre *Una peculiar corriente inmigratoria: la de los «Hermanos Libres»*, un movimiento misionero de raíz anglicana, surgido en las islas Británicas, pero desvinculado de la estructura formal de la Iglesia de Inglaterra. Powell describe las sucesivas expediciones de Hermanos que fueron llegando a Argentina desde 1885, en un número superior al centenar, así como sus actividades en el país para difundir su credo: predicaciones públicas, distribución de Biblias, y el establecimiento de «Conferencias Generales» de los nuevos adeptos de este culto, la primera de las cuales se celebraría en 1910. El artículo, en todo caso, no hace sino esbozar los rasgos generales de la evolución histórica de este grupo, planteando una serie de cuestiones que deja sin resolver, a la espera de nuevos avances en su investigación.

En resumen, la presente obra, recopilada por Néstor Tomás Auza, deja patente que el campo de investigación de la Iglesia en su actuación sobre la inmigración en Argentina, ofrece numerosas posibilidades de avance y estudio. Como señala el propio Auza en sus reflexiones finales (p. 253), «hay cuestiones en las que no disponemos ni de una aproximación, hay regiones en que nada sabemos del tipo de labor pastoral realizada, así como muy poco conocemos del papel jugado por las congregaciones religiosas femeninas, los religiosos de diversas congregaciones, el papel de la prensa católica y de la prensa de la inmigración», entre otras. Algunos de estos temas apuntados, de hecho, ya han comenzado a ser tratados en posteriores ediciones del Seminario, cuyas intervenciones esperamos que salgan muy pronto a la luz. Sólo cabe desear que la siempre dificultosa financiación no sea óbice para que los esfuerzos organizativos que conllevan estos estudios no cuenten con una proyección adecuada en la edición de futuros volúmenes sobre *Iglesia e Inmigración en la Argentina*.

Óscar ÁLVAREZ GILA

**Eamon DUFFY**, *Saints & Sinners. A History of the Popes*, Yale University Press, [New Haven and London] 1997, 326 pp. texto + ilustraciones

El papado es la institución eclesial por antonomasia: no sólo vertebrante de la realidad del Pueblo de Dios que camina ya durante dos mil años a través de la historia; sino ca-

pital, viva y en creciente prestigio. El presente libro, compuesto por Eamon Duffy, es uno más de los relatos que abarcan toda la bóveda de la historia pontifical desde San Pedro a Juan Pablo II.

El libro está lujosamente presentado con óptimas ilustraciones. Sus seis capítulos corresponden a seis entregas televisivas: coproducción de S4C (Wales) en asociación con RTE (Ireland) y La Cinquième (France). Libro católico de un autor católico. Libro católico, sin embargo «à l'ordre du jour». Es decir: plenamente satisfactorio por cuanto los lectores que ya no piden pan y circo, sino verosimilitudes periodísticas consensuadas, se van a sentir bien pagados.

Eamon Duffy es profesor en Cambridge University, especialista en historia medieval. No cabe la menor duda en torno al prestigio de un *scholar* de rango en el Alma Mater Cambricensis. El desarrollo del fenómeno pontifical tal como Duffy lo presenta en su alterna sucesión de luces y sombras es irrefutable. La Bibliografía —comentada brevemente en un ensayo que concluye la obra— es actual, sin omisiones de nota, con marcada preferencia por la producción anglosajona. Bien escrito. Con sentido crítico que nadie podrá tachar de exagerado.

El título del libro tal vez pudiera sugerir interpretaciones maniqueas: buenos y malos; gobernantes ejemplares o representantes atrabiliarios de las pasiones y del pecado; ingenuos propagadores de la doctrina evangélica frente a desaprensivos y precitos capaces por sí mismos de concitar los denuestos de la satanización. «El Papa es el anticristo», se ha repetido desde el siglo X como tópico de visionarios periódicamente surgidos. Los que proclamaban ese tópico —como Lutero en sus conversaciones de sobremesa— querían decir que ha habido Papas poco ejemplares, merecedores de semejante insulto. O también, en otras ocasiones, querían decir que —por santos que quisieran ser a título personal— los Papas son y serán siempre el anticristo, puesto que aceptan la idolatría de los fieles y la encarnan en su propia función de intrínseca arrogancia. El prof. Duffy es buen católico: por lo menos, y eso es un buen signo, nunca pierde el buen humor. Evidentemente, Duffy no cae en esos extremos; pero, en ocasiones, cede al sensacionalismo *light* que domina en algunos ambientes historiográficos.

Para Duffy, el pontífice más indiscutible ha sido aquel que a sí mismo se llamó «*Servus servorum Dei*». Gregorio Magno «ha sido incuestionablemente el más grande Papa de la tarda antigüedad y de la alta Edad Media y tal vez el mejor Papa de toda la historia» (57). Ingenuo y atraído por la admiración de los milagros —que admite sin reticencias—, escribió aquellos *Diálogos* que han sido uno de los libros más influyentes a lo largo del Medievo. Su ingente fortuna personal así como la de su familia distribuida por toda Sicilia y también por el centro y norte de Italia le dieron un prestigio de persona acompañada cual ninguna por la suerte y por las bendiciones divinas. El patrimonio pontificio «se extendía al menos por quince diferentes regiones desde la Galia hasta el Africa, desde los Balcanes hasta Calabria» (50). En la magna época gregoriana, la relación de Roma con las iglesias particulares funcionó con el lubricante de la abundancia económica. A la generosidad nobiliaria del Pontífice se rindieron las más altas torres. Hombre culto y humilde, incansable y práctico, ordenado y comprensivo, elegante y apacible, contemplativo y admirablemente dotado para la gestión. Cuando el gran Gregorio ocupó la Sede de Pedro, tenía ya Roma sus

buenos 90 millares de habitantes: muchos de ellos habían venido a la Urbe buscando cobijo de la intemperie cruel creada por la nueva invasión lombarda. Gregorio, que había padecido en sus propias posesiones —no hay como tener muchas para suscitar la atención de los rapaces y ambiciosos— el desgarrar de girones de su caudal, comprendía y acogía a los necesitados. Tenía mucho más de Mecenas que de magnate imperial, mucho más de sacerdote que de Mecenas. «Llevaba en Roma un detallado registro de cada persona pobre que viviera en aquella ciudad: dónde vivía cada uno, cuáles eran sus nombres y sus edades respectivas, y les asignaba una ración semanal de trigo, vino, queso y aceite para cada uno. De la misma mesa del Papa se enviaba a los pobres vergonzantes, gentes elegantes y finas que habían caído víctimas de la adversa coyuntura económica; un exquisito modo de caridad llena de tacto que convertía la limosna en una deferencia de selección y de respeto. Doce pobres del pueblo comían cada día con el Papa» (50). Nunca quiso alimentarse con la ciencia que infla: habíauplicado a San Benito que le concediera ser «habilitosamente ignorante y sabiamente inculto» (49).

Hay momentos de la historia que no son diáfanos. Pero, incluso una opacidad angustiosa es capaz de evocar por contraste el misterio de la Justicia y también el de la Misericordia. Esto, en la historia de los pueblos y de las instituciones. También en la historia de una institución como el papado, por sublime que la dulzura de la Santa Doctora de Siena acertase a contemplarla.

Duffy escribe con afecto del Papa y de la Iglesia. El libro, pienso, hará bien a quien lo lea. Pero, como decía el recientemente fallecido Torrente Ballester, no hay crítica sincera si no se señalan las limitaciones y defectos. Y aquí los elogios a Duffy se matizan. La interpretación que hace de los pontificados del último siglo se contagia un poco del criterio de los «mass media» y, en tal sentido, su credibilidad científica se resiente en esas páginas. La historia reciente tiene ese riesgo: la hermenéutica puede dejar de ser científica como resultado de una sobredosis de opinión. Por otro lado, en una obra tan extensa, aun cuando tenga la pretensión de ser breve, se tropezará el lector con tal o cual frase o apreciación que él diría de otro modo o que no resulta tan feliz como sería de desear. Ocurre siempre así. Por ejemplo, Henry Chadwick, autor de obras notables sobre el Medievo y la Iglesia primitiva y colega de Eamon Duffy con quien ha escrito en obras de colaboración, en la recensión que le dedica en «The New York Review of Books» (7.12.1997), al par que elogia las calidades de la presentación y de las ilustraciones estupendas así como el distinguido texto que constituye la esencia del libro lamenta la palidez del análisis del conflicto Roma-Bizancio que lleva al cisma definitivo con la excomunión del Patriarca Miguel Cerulario, en 1054.

Por otra parte, no es lo mismo escribir la historia de los Papas que penetrar con la debida hermenéutica en el estudio de la historia del Primado propiamente dicha. Abundan las historias del papado. Escasean las historias del Primado Romano: hasta tal extremo, que puede decirse que tal laguna constituye una asignatura pendiente. Es decir, que los historiadores se refugian de ordinario en la certificación crítica de lo acontecido; en el inventario de lo que consta y de lo que no consta. Pero se lavan las manos haciendo dejación sistemática de la hermenéutica histórica, de la interpretación —que es en definitiva la clave más pura del conocimiento histórico, docto y sapiencial—. Eso es particularmente sensible en la presenta-

ción y estudio de los de los tres primeros siglos de historia de la Iglesia, concretamente al enjuiciar los orígenes del Primado; y Duffy no es una excepción. Ciertamente describe con honradez de buen crítico los datos referentes al lento amanecer del dogma primacial y la gradación evolutiva de la conciencia eclesial hasta reconocer sin ambages la principalidad de la iglesia romana. Pero se percibe la ausencia del momento hermenéutico, de una interpretación clara, inteligente y lógica, que permita al lector de la calle enterarse del fundamento de lo que cree.

En pocas fechas o semanas el libro de Duffy aparecerá en el mercado publicado por PPC, llevando por título *Santos y pecadores. Una historia de los Papas*. Santos y pecadores. Barro y luz. Fortaleza y debilidad. Hombres en definitiva a quienes el Señor Jesús ha llamado para que le sigan. Sin pretensiones, calzados con unas humildes sandalias de pescador.

Enrique DE LA LAMA

**Fray Juan FOCHER**, *Manual del bautismo de adultos y del matrimonio de los bautizados (Enchiridion baptismi adutorum et matrimonii baptizandorum)*. Tzintzuntzan 1544, a cargo de Fredo Arias de la Canal (introducción), Juan Carlos Ruiz Guadalajara (presentación), José Pascual Guzmán de Alba (traducción) y Jesús Gómez Fregoso (revisión), Frente de Afirmación Hispanista, México 1997, 190 pp.

En 1574 se publicaba, en Sevilla, el *Itinerarium catholicum* del franciscano Juan Focher dispuesto para la imprenta por fray Diego Valadés (edición moderna de Antonio Eguluz, *Juan Focher. Itinerario del misionero en América*, texto bilingüe latín-castellano, con introducción y notas, Librería General Victoriano Suárez, Madrid 1960). Esta obra, que era un manual para los misioneros mexicanos, constituye un punto de obligada referencia para comprender el espíritu con que los primeros franciscanos que pasaron a América se allegaban a los naturales.

Juan Focher era francés, pero se desconoce el lugar y fecha de nacimiento. Llegó a Nueva España al poco tiempo de ser descubierta, desde la región de Aquitania. Se había doctorado en Leyes por la Universidad de París, antes de tomar hábito franciscano; después estudió Teología y Derecho canónico. Aunque pudo desempeñar algunas tareas misioneras, parece que su principal actividad en Nueva España fue aconsejar en cuestiones legislativas y teológicas a religiosos de todas las Órdenes, a los oidores y letrados de la ciudad de México, a las juntas de prelados y a los gobernantes. Aprendió la lengua mexicana y la ejerció confesando y predicando, aunque, como ya hemos dicho, su principal ocupación fue el estudio de las letras y ciencias que había aprendido en su juventud y la labor de consejo. Escribió muchas obras. Enseñó en el Colegio de Tlaltelolco. Falleció en México en 1572.

Diego de Valadés, editor del *Itinerarium*, nació en 1533, probablemente en Extremadura (España), aunque esto se discute mucho. Pasó a América, siendo niño, hacia 1541-1542. Frecuentó la escuela de Pedro de Gante e ingresó entre 1548-1550 en la Orden Fran-